

XLVII.

“Así ví renacer para mí el día  
De la cuna del mundo, cuando exento  
De culpa el primer hombre, aparecía  
En medio del leon, tigre sangriento  
Y demas animalès que á porfia  
Le daban su obediencia y rendimiento,  
Pidiéndole que un hombre les pusiera  
Que con sus propias dotes conviniera.

XLVIII.

“Un monte de este valle se avistaba  
Hácia el oriente, á un faro asemejado  
Que en este nuevo océano guiaba.  
Hácia él me dirijo, confiado  
De hallar seguro puerto; ya trepaba  
Por un peñasco negro y calcinado,  
Cuando la noche oscura sobrevino,  
Y me encuentro sin senda ni camino.

XLIX.

“Todo estaba en silencio: solo advierto  
Marchar delante mí alguna fiera,  
Y el leon reconozco del desierto.  
De repente un rugido fuerte diera,  
Que el eco de estos montes casi muerto  
Pareció repetir por vez primera.  
La bestia se paró junto á la puerta  
De una cueva en la viva roca abierta.

L.

“Acercándome á ella sin recelo,  
De una peña la gruta ví tapada.  
Miro por la hendidura... ¡que consuelo!  
La cueva está por dentro iluminada;  
Y aplicando mi oido con anhelo,  
Creo oir una voz acompasada  
Que cánticos y salmos repetía  
Con grave pausa y dulce melodía.

LI.

“Abrid la puerta, grito, á vuestro hermano,  
“Solitario dichoso.” Luego viera  
Asomar á la puerta un grave anciano  
Que en edad á Jacob se pareciera.  
“¡Bien venido seais, dice, ó cristiano!  
“Aquí veis un mortal que pronto espera  
“De la vida tomar diversa ruta:  
“De Pablo en tanto aquí teneis la gruta.”

LII.

“De pasmo á nombre tal sobrecogido,  
Sigo temblando al Santo que llevára  
La cruz á este rincon tan escondido.  
En el fondo del antro se elevára  
Una palma, y su ramo entretrejido  
En forma de vestíbulo colgára.  
Allí junto manaba un arroyuelo  
Que cerca de su origen vuelve al suelo.

LIII.

“Al lado del raudal Pablo me lleva,  
Donde veó el leon que mansamente  
Viene á echarse á sus piés. “Vamos ¿qué nueva  
(Pablo me preguntó sencillamente)  
“Corre por ese mundo? En esta cueva  
“Cien años ha que habito, y solamente  
“Antonio vino ayer á visitarme  
“Para volver mañana á sepultarme.”

LIV.

Levantándose entonces, me presenta  
Un pan de blanca harina floreado.  
“De vos, me dice, el cielo tuvo cuenta,  
“Supuesto que la dosis ha doblado  
“Con que á su siervo pródigo alimenta.”  
Luego á romper me invita el don sagrado  
Que comimos en paz tranquilamente,  
Bebiendo el agua de la clara fuente. (7)

LV.

“Dado fin al convite, el eremita  
Me pregunta qué caso me trajera  
A hacerle en su retiro tal visita.  
De mi vida le doy razon entera.  
“Grave, dice, es el yerro que os acuita;  
“Mas todo borra lágrima sincera:  
“Confiad, que no en vano os ha traído  
“El cielo á este rincon tan escondido.”

LVI.

“¡O Dios! prosigue, qué alto es el camino  
“De vuestra ciencia! Vos le habeis guiado  
“Porque el velo le corra del destino.  
“Reposad esta noche descuidado;  
“Al romper el destello matutino  
“Mañana os llevaré sobre un collado,  
“Donde orando al Señor benigno y fuerte,  
“Podré hablaros aun antes de mi muerte.”

LVII.

“El Santo me entretuvo todavia  
Con diversos coloquios. ¡Caso raro!  
A veces un infante parecia  
Que ignora lo mas simple y lo mas claro:  
Mas cuando Dios en su alma descendia,  
Repentina mudanza en él reparo,  
Hablando como lleno de esperiencia,  
O que del porvenir tenía ciencia.

LVIII.

“Despues que así algun tiempo conversará  
Con celestial saber y amor paterno,  
A hacer el sacrificio me invitára  
De nuestras alabanzas al Eterno.  
De pié bajo la palma derramára  
Su espíritu en loor y afecto tierno,  
Y ajitado de un estro repentino  
Improvizó este cántico divino:

LIX.

“¡Bendito seais, mi Dios, Dios amoroso,  
“Que no habeis mi bajeza despreciado!  
“Soledad, ¡ó mi esposa! en tí el reposo  
“Y el mas puro placer siempre he gozado.  
“Ya te voy á dejar, antro dichoso,  
“Porque á otro feliz antro soy llamado.  
“Poséete, alma mia, de contento,  
“Que á oír vas de Sion el dulce acento.”

LX.

“Así rogaba el Santo enternecido,  
Y el sueño mas suave me cogia  
Sobre la cama de heno removido  
Que Pablo á un lecho real anteponia.  
Mas no bien rayó el alba que á mi oido,  
Llegó la voz del santo que decia:  
“Levantaos, orad, tomad sustento,  
“A la montaña vamos al momento.”

LXI.

“Yo le sigo. Seis horas caminamos  
Por rocas eminentes y escarpadas;  
Al fin á la alta cima remontamos  
Del Colzim, y las fuerzas fatigadas  
Sentados un instante recobramos.  
La vista dirigia sus miradas  
Por todos los contornos de aquel monte  
En un inmenso y lúcido horizonte.

LXII.

“Al oriente la cumbre aparecia  
Del Oreb y Siná y la roja arena  
Del Sur que hasta el Eritréo se estendia;  
Al austro se alargaba la cadena  
De la Tebaida; al norte se veia  
La soledad testigo de la pena  
De Faraon, y el yermo finalmente,  
Donde anduve perdido al occidente.

LXIII.

El sol en la mitad de su carrera  
Con luz ardiente é igual iluminaba  
De los dos continentes la frontera.  
La cumbre solo del Siná ocultaba  
Arrebolada nube, á la manera  
Como cuando á Moís Jehová hablaba  
Envuelto entre relámpagos y fuego.  
El solitario así me dijo luego:

LXIV.

“Confesor de la fé, tended la vista  
“En torno de vos. Ved aquí el Oriente  
“Que de la tierra toda hizo conquista,  
“En ritos vano, en leyes eminente.  
“Ved el Egipto allá en aquella lista  
“Que á lo lejos se estiende hácia el poniente:  
“Su cuna tuvo en él la idolatría  
“Que los pueblos tomaron á porfia.

LXV.

“Mas mirad el desierto á este otro lado  
“Dó recibió Moís las leyes santas.  
“Mas lejos se dilata el suelo amado  
“Que consagró el Mesías con sus plantas.  
“Un dia el hijo de Ismael osado, (8)  
“Hollando las doctrinas sacrosantas,  
“De nuevo estenderá bajo la tienda  
“Del árabe el horror con secta horrenda.

LXVI.

“De este suelo fecundo es igualmente  
“Un fruto la moral que el cielo envia. (9)  
“Mas notad que á los pueblos del Oriente,  
“Como en pena de alguna rebeldía  
“Que intentáran sus padres, duramente  
“Casi siempre oprimió la tiranía.  
“El culto y la moral ¡raro suceso!  
“Del dolor han formado el contrapeso.

LXVII.

“Esta arena han trillado las armadas  
“De Alejandro, Sesosiris y Cambises;  
“Huestes no menos grandes y afamadas  
“Adelante vendrán con blancas lises. (10)  
“Así en estas regiones tus miradas  
“No podrás dirigir sin que divises  
“Un rastro de esplendor que te designe  
“Que ellas fueron del hombre cuna insigne.

LXVIII.

“Prodigio mas extraño y estupento  
“En poco ofrecerá este mismo Oriente:  
“Una milicia nueva está naciendo  
“De Tebaida y Seeté en la arena ardiente  
“De ancianos venerables que vistiendo  
“Las armas del candor, osadamente  
“A combatir se aprestan en su cuna  
“Al monstruo del error con fiera pugna.

LXIX.

“El dragon del Egipto recostado  
“En la corriente plácida del Nilo:  
“¡*Mias sus aguas son!* (11) clama indignado.  
“El piensa que el horrible cocodrilo  
“De los hombres será siempre acatado.  
“Mas ya avanza el ejército tranquilo  
“De castos é inocentes solitarios,  
“De Pacomios, Antonios y Macarios.

LXX.

“La victoria es por ellos. . . ¡loor santo!  
“Del Egipto el Señor se ha revestido  
“Como un pastor se cubre con su manto.  
“El ídolo enmudece confundido.  
“Donde hablaba el error, resuena el canto  
“De alabanza al Señor. . . ¡ah! y el vencido  
“Se estrecha al vencedor con brazo tierno,  
“Y mezcla sus loores al Eterno!”

LXXI.

“Su discurso cortó Pablo un instante,  
Y luego prorrumpió: “¡Oh! que gloriosa  
“Corona se os prepara y que brillante!  
“¿Quién es aquella joven amorosa,  
“A una tierna paloma semejante,  
“Que al monte de la mirra presurosa  
“Va siguiendo al esposo? ¡Cómo sube  
“Cubierta de esplendor en sacra nube!”

LXXII.

“El Santo se interrumpe nuevamente.  
Mas tendiendo los brazos á la cima,  
De Oreb, sus ojos brillan de repente;  
Celeste juventud su rostro anima,  
Y allana las arrugas de su frente:  
En forma de columna baja encima  
De su blanca cabeza viva llama.  
Este segundo Elías luego esclama:

LXXIII.

“¿De dónde estas familias que á porfia  
“Buscan del solitario las banderas? (12)  
“¿No veis aquella tropa fiera, impía,  
“Parto inmundo de hediondas hechiceras? (13)  
“El azote de Dios (14) traen por guía;  
“Cual leopardo sus huestes son ligeras;  
“Como el viento la arena alza en acervos,  
“Las tropas amontona así de siervos. (15)

LXXIV.

“¿Qué pretende aquel rey (16) de piel vestido,  
“Y en la cabeza un bárbaro sombrero?  
“O el rostro de color verde teñido? (17)  
“¿Por qué degüella aquel (18) al prisionero?  
“Detén.... ¡qué horror! la sangre del vencido  
“Bebe aquel inhumano monstruo fiero! (19)  
“Mas todos.... ¡ah! una voz á todos lleva  
“A la impía ciudad, la Babel nueva...”

LXXV.

“Cayó, cayó Babel! ¡yace cubierta  
“De polvo, el capitolio yace en ruina!  
“¿Qué soledad...! qué espanto...! mas su puerta  
“Se levanta de nuevo: ella se inclina  
“Como quien del letargo se despierta.  
“La Cruz tremola en ella.... ¡oh! qué divina  
“Renace de entre el polvo y el escombros!  
“Esa nueva Salen.... mirad que asombro!”

LXXVI.

“Sus manos dejó caer Pablo á su lado,  
“Y el fuego se extinguió que le animára.  
“Vuelto mortal, tomó el lenguaje usado.  
“De vos, dijo, la muerte me sepára;  
“El que me ha de enterrar es ya llegado;  
“En tanto que el sepulcro me prepára,  
“Abajo esperareis, porque el camino  
“Os señale; seguid vuestro destino.”

LXXVII.

“Así me separé de este pasmoso  
Y venerable anciano. Ya bajaba  
El monte pensativo y silencioso  
Cuando oí la voz de Pablo que entonaba  
Su cántico postrero melodioso.  
Este divino fénix saludaba.  
Pronto á arder en pacífico holocausto,  
De su renacimiento el dia fausto.

LXXVIII.

“En la falda del monte hallé otro anciano  
Que caminaba aprisa: Antonio era,  
En pugnas infernales veterano.  
Yo quise detenerle en su carrera,  
Mas él me hizo una seña con la mano,  
Y al paso, sin parar, decirle oyera:  
“A Elías ví, á Juan ví en el desierto,  
“A Pablo ví subir al cielo abierto.” (20)

LXXIX.

“Allí esperé su vuelta todo el dia;  
Pero él no descendió hasta el siguiente.  
Sus mejillas el llanto humedecía.  
“Hijo mio, me dice, el eminente  
“Serafin ya no es! Ayer subia,  
“Cuando te hallé, su alma entre esplendente  
“Coro de Santos y Angeles al cielo,  
“Mientras su cuerpo oraba sobre el suelo.”

LXXX.

“El me mostró túnica la sagrada  
De que el gran Pablo le dejó heredero,  
De hojas de palma. Luego á la morada  
Me lleva donde veo el semillero  
De la milicia santa y esforzada  
Que me predijo Pablo. Placentero  
Hasta Arsínòe me dió un monje por guia,  
Dó hallé hasta Tolemaida compañía.

LXXXI.

“De paso por Salen, á Elena viera,  
Esposa del gran César: en seguida  
Visité las Iglesias que instruyera  
El profeta de Patmos: (21) la sufrida  
Efeso, en la fé Pergamo sincera,  
Tiatira en bondad, Smirna affligida,  
Lâodicia impura, Sardes reprobada,  
Y Filadelfia, en fin, del cielo amada.

LXXXII.

“Tambien á Constantino hallé en Bizancio  
Que me estrechó en sus brazos siempre tierno  
Y me dijo los planes de Constancio.  
Finalmente gané el hogar paterno,  
Donde el reposo hallé de mi cansancio.  
Oh! si oyese mis votos el Eterno,  
En este asilo correrán mis años  
Ocupado en llorar mis desengaños.”

LXXXIII.

De Eudoro estas palabras terminaron  
 La relacion. Los viejos que le oian,  
 Algun tiempo en silencio continuaron.  
 Altas ideas todos revolvia.  
 Los tres viejos despues se levantaron  
 Con magestsd, cual tres Reyes, y guian  
 Al hogar de Lastenes donde estaban  
 Las mugeres que ya les aguardaban.

LXXXIV.

Cirilo, el sacrificio celebrado,  
 Sin oir de sus huéspedes el ruego,  
 Se vuelve á Esparta, del deber llamado.  
 Retírase á su gruta Eudoro luego.  
 Demódoco á Cimódoce abrazado,  
 Sentia cierta pena y desosiego,  
 Que un mal su carazon le presagiaba.  
 En tanto cariñoso así la hablaba:

LXXXV.

“Tal vez en la desgracia, hija querida,  
 “Vas á imitar á ese héroê divino.  
 “Mas la virtud se aumenta perseguida.  
 “Júpiter regló así nuestro destino.  
 “La carpa que al sol queda, retorcida  
 “Por diestro viñador, da el mejor vino  
 “Que producen los valles del Alfeo  
 “Y las cuestras del fértil Meleneo.”

NOTAS.

Octava X.

La deidad del amor, en cambio via

(1) Venus, que segun la mitología fué formada de la espuma del mar, y arrebatada al cielo por las Horas.

Octava XI.

Sin que oigamos á Alcion cantar su pena.

(2) Alcion, muger de Ceix, habiendo hallado en la ribera del mar el cuerpo de su marido que habia perecido en un naufragio, se arrojó sobre él, y le lloró tan amargamente, que los dos fueron convertidos en alciones. Eolo, padre de Alcion, quiso que el mar estuviese tranquilo mientras estos pájaros hiciesen sus nidos sobre el agua, en donde se dice que los hacen ordinariamente.

Octava XV.

Así imagino ver en la otra playa

(3) En Sicilia, en donde Verres hizo azotar con varas á ciudadanos Romanos, los cuales, al recibir los golpes, exclamaban. *Civis Romanus sum.*